

HACIA UNA INDUSTRIA EDITORIAL ¹

Eugenia Meyer y Pablo Yankelevich



La trayectoria de la producción editorial privada en México, recorre dos caminos fundamentales: el originario de finales del siglo XIX, con sucursales de algunas casas editoras francesas, como la de la viuda de C. H. Bouret, o bien los primeros libreros de origen español como los Murgía. Ya en los inicios de la presente centuria se distinguen los esfuerzos de los Robledo, los Porrúa, los Herrero, etcétera, o bien la Librería de César Cicerón o la Editorial Botas; Libros y Revistas de Francisco Sayrols. Proyectos significativos como el de W. R. Jackson con su *Tesoro de la Juventud*, y el desarrollo de empresas tradicionales como son Cultura y Jus.

El desarrollo editorial moderno en México, está directamente asociado a la llegada del exilio español, en los años treinta, y a la presencia de un número significativo de intelectuales, académicos y artistas republicanos.

Librerías de viejo abolengo, como la de la viuda de Bouret se transforma en SELFA, Sociedad Editorial Francoamericana, que sería adquirida por el español Jacinto Lasa Jáuregui en 1933. Así nace Editorial Patria, cuya especialidad serían los libros de texto. Publicó algunos de gran éxito como el *Método para leer y escribir*, de Enrique Rebsamen y *Rosas de la infancia*, de María Enriqueta.

En aquel año significativo del exilio español a México, 1939, Juan Grijalbo funda la Editorial Atlante, que para 1954 se convertiría en Editorial Grijalbo y en 1962 de vuelta a Barcelona constituye su filial española Ediciones Grijalbo.

Fue también en los años treinta cuando José González Porto Funda la Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, que al paso de los años se convertiría en un

¹ Yankelevich, Pablo y Eugenia Meyer. "Hacia una industria editorial". En *México, un libro abierto*. Memoria de la feria internacional del libro, Francfort. 1992. pp. 91-95.

emporio editorial, reconocido, entre otras obras significativas por la edición de su *Diccionario Enciclopédico UTEHA* en doce volúmenes.

Al final de la década de los treinta, el escritor Martín Luis Guzmán y el republicano español Rafael Jiménez Siles fundaron la primera librería moderna de México, Librería de Cristal, ya que a diferencia de otras, suministraba una innumerable variedad de títulos de diferentes editoriales, nacionales y extranjeras. Con el tiempo Librería de Cristal fue creciendo hasta alcanzar más de 70 sucursales en todo el país.

Al iniciarse la década de los cuarenta, México ve surgir una serie de empresas: Costa Amic Editores que publicará en español, francés, portugués, inglés y catalán un amplio catálogo de novela, cuento y ensayo; Editorial Avante, 1942, y Fernández Editores, en 1943. Un año después los Porrúa ponen en circulación la colección Escritores Mexicanos, e inspirados en la célebre frase de Alfonso Reyes, Sepan Cuantos... y bajo la dirección de Felipe Teixidor inician una de sus más exitosas colecciones, que para 1967 contaba ya con 63 títulos de autores clásicos, lo mismo griegos que romanos, europeos que latinoamericanos.

Asociada a Editorial Sudamericana surge en 1945 Editorial Hermes que emprendería la tarea de publicar la *Historia moderna de México*, de Daniel Cosío Villegas. La Editorial Interamericana, afiliada a The University Society Mexicana, se centró en la edición de libros de medicina.

Poco a poco, a través de los años la actividad editorial se incrementó gracias a las condiciones económicas imperantes, al interés de algunos autores y editores por producir mejores títulos y a la demanda cada vez más exigente de un público lector. Los escasos recursos de los editores privados bien aplicados y los esfuerzos por desarrollar una industria propia rindieron sus frutos.

En 1946 José Luis Ramírez Cerda y Fabriciano Sanz Guardado fundan la Editorial Diana, que habría de distinguirse por la edición de novelas. También por estas fechas se crea la sucursal mexicana de Aguilar, que en España tenía tradición desde 1923.

Mención especial merece el esfuerzo de Carolina Amor de Fournier y de Raoul Fournier quienes forman una pequeña editorial abocada a cuestiones médicas: Prensa Médica Mexicana, que se inició traduciendo obras del inglés al español y más adelante habría de impulsar la publicación de autores mexicanos. Así también la creación de la Editorial Ixtaccíhuatl, de Orlando Vieyra, que publicó libros juveniles y novelas populares; Editorial Pax México, ligada a la Librería Carlos Cesarman y Editorial Marín que se distinguió como comercializadora de libros de medicina.

Para los inicios de los cincuenta, Francisco Trillas emprenderá la tarea de fundar una de las más importantes editoriales mexicanas abocadas, principalmente, a libros de texto, de psicología y educación. Su primera obra fue la de Jorge L. Tamayo, *Geografía de México*, para estudiantes de primer año de preparatoria.

Editores Mexicanos Unidos, creada en 1954 por Fidel Miró Solanes, inició la tradición de editar obras clásicas de literatura a precios económicos, en ediciones de buena presentación.

A esta época corresponde el arranque de las actividades editoriales de España-Calpe,

que publicaría en México parte de la Colección Austral, de manera simultánea a los esfuerzos realizados en el mismo sentido por su filial en Argentina.

En la misma década Carlos Noriega participaría en la fundación de la Compañía Editorial Continental (CECSA), y en 1962, de Libreros Mexicanos Unidos (Limusa), para atender un mercado especializado en cuestiones técnicas y científicas.

Hombres del talento de Jesús Silva Herzog, Eduardo Villaseñor, Manuel Gómez Morín y Daniel Cosío Villegas, entre otros, se empeñaron en el desarrollo de la que hoy es la empresa editorial más importante de América Latina, Fondo de Cultura Económica. Apenas iniciado el año de 1935 aparece su primer libro: *El dólar plata*, de William P. Shea, traducido por Salvador Novo. El segundo fue Karl Marx, de Harold J. Laski, traducido por Antonio Castro Leal.

El propósito de lograr una "universidad en el hogar", pronto se vio concretada en una importante tarea de ofrecer temas diversos de autores mexicanos y europeos. Acorde con sus propósitos originales -los de difundir entre los estudiantes universitarios obras de economía de autores extranjeros- surge la publicación: *El Trimestre Económico*, primera revista de economía en América Latina, que desde 1934 ha continuado su edición de manera ininterrumpida.

La década de los cincuenta, se significó por el apogeo editorial; proliferaron obras fundamentales a bajo costo, con lo cual se favoreció el estudio y la investigación en las universidades e institutos de educación superior. Buen número de obras seguían correspondiendo a intereses afines con la economía. Se tradujeron autores europeos y norteamericanos y algunos latinoamericanos. Además, vieron la luz títulos de administración pública y privada, como el de Lawrence Bethel, *Organización y dirección industrial*.

Así también se abrieron posibilidades en el campo de la sociología, la filosofía y la antropología.

Empezaron colecciones ambiciosas como Tierra Firme, que incluía obras originales sobre los principales temas y problemas de América Latina; colección que involucró a buena parte de la intelectualidad latinoamericana de mediados de este siglo. Entre ellos: Germán Arciniegas, Gilberto Freire, Arturo Ardao, José Luis Romero, Jorge Luis Borges, Leopoldo Zea, Juan Antonio Ortega y Medina, Edmundo O'Gorman, entre otros.

El FCE inició, además, la colección Grandes Obras de la Historia, con textos fundamentales de Mommsen, Pirenne, Ranke, Braudel y Bataillon. Y en el plano más doméstico, contribuyó con su serie de Fuentes y Documentos para la Historia de México.

En 1956 se inició la serie Vida y Pensamiento de México y casi simultáneamente la Biblioteca Americana creada por Pedro Henríquez Ureña, que junto con la serie Tezontle, fundada en 1940, aparecen como antecedentes fundamentales de Letras Mexicanas, que para 1964 ya tenía más de 100 títulos.

Insistiendo en la premisa de que la cultura "no es un lujo sino necesidad básica de nuestros países pobres y subdesarrollados", se iniciaron dos series al alcance de las mayorías: Breviarios y Colección Popular. La primera, que se origina en 1948, tiene a la fecha más de 500 títulos. La segunda, surgida en 1959, con el objeto de lograr grandes tirajes a bajo precio, abarcó desde sus orígenes temas diversos sobre el acontecer ame-

ricano, y ha sido una introducción a grandes temas culturales, a problemas sociopolíticos de nuestro tiempo, así como a obras literarias.

El Fondo de Cultura Económica ha seguido cosechando. Más de 30 colecciones integran el catálogo que, además, reúne otras coeditadas con instituciones gubernamentales y editoriales privadas. En sus casi 60 años de existencia, el FCE ha editado más de 5 000 títulos, cuenta con sucursales, librerías y filiales en: Argentina, Perú, Chile, Cuba, Venezuela, Colombia, Brasil y los Estados Unidos de América. Con ello se coloca en un sitio de honor entre las editoriales más importantes del mundo de habla hispana.

El presente editorial de México se cimienta en los esfuerzos de quienes como Joaquín Diez Canedo y Arnaldo Orfila han dedicado su vida a los libros. Empresas como Joaquín Mortiz, creada en 1962, se abocó a la tarea de promover y difundir a los jóvenes narradores mexicanos.

Por su parte, Siglo XXI Editores, fundada por un grupo de intelectuales mexicanos, permitió a un hombre de trayectoria significativa en el medio, como lo es Orfila, desarrollar una empresa que pronto logró colocarse entre los primeros lugares de la industria editorial en lengua española.

En 1960 Neus Espresate, junto con Vicente Rojo y José Azorín fundan Ediciones ERA, con un selecto catálogo que incluye tanto ensayo como temas de literatura, historia, ciencias políticas, cine, economía, antropología y sociología.

En 1966 se fundan Alianza Editorial Mexicana, que desarrolla un campo particular con la edición de sus libros de bolsillo, y McGraw Hill de México, ocupada en la edición de libros de texto para niveles universitarios.

Editoriales más pequeñas como: Posada, Roca, Aconcagua, Esfinge, Publicaciones Cultural, Ediciones Paulinas, Buena Prensa, Ediciones Castillo y otras apoyan la proliferación de títulos en el mercado, ofreciendo un espectro más amplio de posibilidades para los lectores.

En los años más recientes los grandes consorcios internacionales han fundado sus filiales en México o bien han continuado su expansión: Planeta, Santillana, Mondadori, Paidós, Emecé, Gustavo Gil, Javier Vergara, etcétera.

En 1964, se constituye la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana como organismo aglutinador de los esfuerzos editoriales del país. En la actualidad la integran 896 socios, que para 1990 habían logrado editar 21500 títulos, con un total aproximado de 835 millones de ejemplares, de los cuales 693 millones fueron de publicaciones periódicas y los 142 millones restantes correspondieron a libros.

Son significativos los logros alcanzados en la tarea editorial mexicana, tanto pública como privada. Todos asumimos el reto, de cara al siglo XXI, de fomentar y encauzar el hábito por la lectura para con ello, preservar nuestra herencia cultural. De hecho, identidad y pertenencia confluyen sin duda en las manifestaciones de cultura material, patrimonio que se transmite de generación en generación. El binomio inseparable de educación y cultura tienden, significativamente, un eslabón histórico a los mexicanos, expresado precisamente en los libros: la expresión más acabada del sentir y pensar de nuestro pueblo. Pp. 91-95.

LOS DESAFÍOS CONTEMPORÁNEOS ²

Eugenia Meyer y Pablo Yankelevich



M E M O R I A

FERIA INTERNACIONAL
DEL LIBRO
FRANKFURT 1992

DIRECCIÓN GENERAL
Eugenia Meyer

INVESTIGACIÓN
Lillán Briseño
Claudia Canales
Gustavo Jiménez
Leonardo Manrique
Eugenia Meyer
Pablo Yankelevich

El proceso de la Revolución estableció condiciones particulares en México durante una década. Si bien es cierto que el movimiento armado tuvo características diferentes en las distintas regiones del país, también lo es que la vida cotidiana, en lo general, sufrió trastornos por el ir y venir de ejércitos, por los cambios de mando y por los diferentes gobiernos. Rubro importante lo fue la educación a nivel nacional, que se manifiesta con agudos contrastes, los cuales servirían de señalamientos para apuntalar el nuevo proyecto de nación. Una educación que se significaba como privilegio de ciertos sectores y en ciertas zonas o regiones; una dramática realidad que se expresaba en cifras aterradoras de analfabetismo, más aún, marginación cultural y de lenguaje y finalmente grandes diferencias regionales que no permitían asumirse como una igualdad a la población de la república.

Todo ello condujo finalmente, con la promulgación de la nueva constitución y su articulado referente a la educación, a un replanteamiento del proyecto educativo nacional. Se partió de la idea de que la educación es libre, gratuita, obligatoria y laica. Se reconoció como muestra de la injusticia social los grandes contingentes de analfabetas y el compromiso del Estado por encontrar fórmulas para atemperar las diferencias educativas y culturales.

En 1921 se creó la Secretaría de Educación Pública, SEP, con jurisdicción nacional. El presidente Álvaro Obregón nombró a José Vasconcelos, hasta entonces rector de la Universidad Nacional de México para encabezar y estructurar el proyecto que se caracterizó como pacto entre los intelectuales y los gobernantes, tendiente a buscar fórmulas que permitieran a los mexicanos desarrollar un programa integral de educación y cultura

² Yankelevich, Pablo y Eugenia Meyer. "Los desafíos contemporáneos". En *México, un libro abierto*. Memoria de la feria internacional del libro, Francfort. 1992. pp. 69-89.

nacionales; una educación elemental igualitaria, reconociendo las diferencias idiomáticas y sociales, y sobre todo el propósito por abatir la condición de analfabetismo de más del 85% de los mexicanos.

Este magno quehacer, de hecho reconoce la rectoría del Estado por cuanto a las formas e instrumentos que habría que crear para alcanzar las metas propuestas. No sólo era una tarea compartida por autoridades y maestros, se integraron las misiones educativas, se formularon programas editoriales y para ello se estructuró un departamento editorial.

El plan era mucho más amplio que una simple campaña de alfabetización, se trataba de todo un proyecto de cultura popular en el que la enseñanza de las primeras letras sólo constituía el paso inicial. Después de enseñar a leer y escribir al pueblo, había que proporcionarles lecturas, poner a su alcance las obras cumbres de la literatura universal. El propio Vasconcelos proyecta una colección de Clásicos, que pretendía integrar en una serie de cien títulos, las obras fundamentales de la cultura universal. La encabezaban tres obras de hombres cuyo pensamiento pareció esencial en el proceso educativo nacional: Benito Pérez Galdós, Romain Roland y León Tolstoi. Les siguieron Homero, Eurípides, Virgilio, Cervantes, Lope de Vega, etcétera. Solamente una pequeña parte del proyecto vasconceliano se pudo realizar, y sin embargo fue una empresa sin precedente. Frente a los reducidos tirajes de las editoriales privadas, y a los pocos ejemplares que llegaban del extranjero, las nuevas ediciones contaron con tirajes muy amplios. Se vendían al costo de un peso, o se repartían gratuitamente en bibliotecas, escuelas y sociedades obreras. Se editaron obras de autores mexicanos y latinoamericanos como *la Historia nacional*, de Justo Sierra y *el Libro nacional de lectura*, *Lecturas clásicas para niños*, ilustrado por Roberto Montenegro y Gabriel Fernández Ledesma y *Lecturas para mujeres*, compilación realizada por Gabriela Mistral.

Vale la pena mencionar *El Libro y el Pueblo*, publicación periódica para informar sobre la producción editorial nacional y extranjera, y para orientar sobre las características bibliográficas de las principales obras literarias.

La SEP editó también la revista *El Maestro*, cuyos 60 000 ejemplares se distribuían gratuitamente entre el magisterio y en dependencias oficiales, bibliotecas populares, escuelas, universidades de los estados, locales sindicales y hasta en pulquerías y clubes.

El reparto de todos estos materiales significó un gran esfuerzo. La SEP envió libros "a lomo de mula", a los rincones más aislados del país a los que no llegaba ni el ferrocarril.

No solamente las publicaciones oficiales, sino la literatura más en boga, que hasta entonces estaba reservada a una minoría, y que se conseguía además a un alto precio, estuvieron a disposición del público en las escuelas y en las bibliotecas diseminadas por todo el país.

Característica distintiva de este periodo, fue el surgimiento de una corriente de pintores comprometidos con el proyecto nacionalista de Vasconcelos. Al reclamo de los artistas, encabezados por Gerardo Murillo, el Dr. Atl, se les entregaron los muros de edificios públicos, se generaron recursos y, así, surge el muralismo mexicano, como una forma de "educar" e "instruir" al pueblo.

Dos años después, Jaime Torres Bodet, a la sazón director del Departamento de Bibliotecas de la SEP organizó la primera feria del libro en el Palacio de Minería. Ya había iniciado un sistema de bibliotecas con pretensiones nacionales. Se lograron integrar alrededor de 300 bibliotecas, que para respaldar a las Misiones Culturales apoyaron la labor educativa nacional.

En el proceso de la reconstrucción del Estado, sin duda, el rubro de la educación adquirió dimensiones insospechadas. El caso y la experiencia mexicanos habrían de convertirse en puntos de referencia obligados, y dignos de admiración por parte de la intelectualidad latinoamericana.

Pronto el presupuesto de egresos de la Federación, empezaría a atender el rubro de educación como prioritario, al punto tal que la mayor porción del gasto público fuese, como lo sigue siendo hasta hoy, destinado a este propósito.

En los años subsecuentes, la alfabetización y el impulso a la lectura tomaron otros cauces. La nueva política educativa dio preferencia al desarrollo de la comunidad rural y la escuela se dedicó a atender las necesidades inmediatas de la población campesina y a impartirles enseñanzas que elevaran su nivel de vida y su productividad. La alfabetización y la labor editorial sirvieron a dichos propósitos.

Fue por estas épocas, 1925, que se inauguró la Escuela Normal para Maestros y se desarrolló el proyecto de Moisés Sáenz, secretario de Educación Pública, en el sentido de conformar un sistema de escuelas rurales integrales. La mirada se volcó al campo, los educadores pretendían sembrar en los niños la base para llegar a ser individuos útiles, que pudiesen aprender y realizar todo tipo de quehaceres en el campo y así lograr ser autosuficientes.

Las publicaciones de la SEP no excluyeron las obras literarias; se editaron numerosas novelas cortas y comedias, un segundo tomo de Lecturas para niños, un libro de leyendas tabasqueñas, poemas y algunas obras de Salvador Novo; pero lo más destacado fue un verdadero aluvión de folletos, más de un millón de ellos; 227 títulos sobre los temas más diversos: cría de animales, práctica agrícola, higiene, folclor, etcétera. Se editó también Biblioteca para el Maestro Rural Mexicano, integrada por cuatro títulos y una cartilla de higiene para la población del campo. Asimismo, apareció la revista *La Escuela Rural*, que permitía la comunicación directa entre los maestros rurales, los campesinos y las autoridades educativas a nivel federal.

Para 1929 la atención pareció centrarse en la agitación estudiantil que pugnaba por la autonomía universitaria. Los avatares del desarrollo y la madurez académica terminarían con la justa demanda de la autonomía. Una universidad, auspiciada por el Estado surgido de la Revolución pero que no sirviese a intereses o parcelas de poder político. Una casa de altos estudios que congregase a lo más distinguido del pensamiento y la ciencia mexicanos, ajenos a los problemas y los cambios en la estructura del poder. El lema de "Por mi raza hablará el espíritu", sugerido por Vasconcelos en 1920, adquirió una fuerza determinante en el proyecto autonomista: se reconocieron los orígenes híbridos de nuestra universidad, se enfatizó en su carácter laico, liberal, independiente y nacional. Muchos de los jóvenes universitarios que en 1920-1921, habían atendido al llamado de Vasconcelos para interrumpir

su formación superior y lanzarse al campo a educar como "misioneros", eran ahora los promotores de este nuevo sentir autónomo y nacionalista. En 1929 surgió el periódico *El Sembrador* que se repartía gratuitamente en las escuelas rurales. También se hizo una versión a manera de periódico mural para los analfabetas y los indígenas que no hablaban español, por lo que estaba diseñado para "leerse" por medio de dibujos y se fijaba en los corredores de las escuelas, en los mercados, etcétera.

Con Narciso Bassols como secretario de Educación Pública en 1930, surgió la publicación más importante de esos años, *El Maestro Rural*, que sobrevivió por casi una década. La revista desaprobaba, por medio de cuentos y poemas, la desigual concentración de la tierra e insistía en la organización del campesino, para defender sus intereses y modificar el sistema de producción; su primer director fue Salvador Novo.

Durante la década de las treinta una serie de acontecimientos mundiales afectó profundamente la vida nacional (la crisis económica del 29, el surgimiento del fascismo, el desarrollo de la Rusia soviética, la guerra civil española y la segunda guerra mundial). Proliferaron en esta época las obras que intentaban explicar "científicamente" las condiciones sociales imperantes. Condenaban al sistema vigente y proponían un orden nuevo como alternativa a un capitalismo que consideraban decadente.

Por ello mismo fructificó una literatura al servicio del proletariado, de sus luchas, de sus necesidades y aspiraciones. El gobierno contribuyó a esta producción de obras "revolucionarias", difundiendo masivamente lecturas para el trabajador a quien estaba destinada la educación "socialista" instaurada en México a partir de 1934. Hablar de un proyecto educativo socialista recogía sin duda una terminología en boga, sin embargo, de lo que se trataba era de considerar métodos y acciones que tuvieran un contenido social de beneficio para el pueblo. De ninguna manera planteaba una sociedad sin clases ni mucho menos la desaparición de la propiedad privada.

A tono con los nuevos tiempos, la SEP asumió la responsabilidad de difundir las nuevas lecturas, como *El Libro y el Pueblo* que continúa editándose. En esta publicación, se informaba que, la Biblioteca de Ciencias Sociales de la SEP, ponía a disposición del público toda clase de libros sobre marxismo, considerados indispensables para quienes aspiraban a una "regular instrucción".

Los Silabarios, otra de las publicaciones del gobierno, nada tenía que ver con la idea tradicional de los silabarios para aprender a leer. De hecho, eran pequeños folletos dirigidos a los trabajadores y en varios de ellos se criticaba el sistema social. El tiraje de los Silabarios llegó a 125 000 ejemplares.

El régimen cardenista, 1934-1940, redobló sus esfuerzos en favor de la lectura. El primer paso fue acrecentar la lucha contra el analfabetismo, considerado como verdadero enemigo público. La retórica oficial encendió el entusiasmo popular y pronto las filas del "ejército alfabetizador" se engrosaron con numerosos miembros entre niños y adultos. Una multitud de maestros, grandes y pequeños, enseñaban por doquier, en sus hogares, en mercados, en fábricas, en centros de trabajo. Era una verdadera campaña que tenía un enemigo común a vencer: la ignorancia.

No se escatimaron gastos, ni esfuerzos en la propaganda: los carteles estaban a la orden del día, se repartieron miles de folletos, volantes y ejemplares de la *Revista de Educación Popular*. El Departamento Autónomo de Prensa y Publicidad, dependiente del ejecutivo, era el responsable del material impreso.

El gobierno asumió la tarea de editar millones de textos de lectura para suministrarlos, en forma gratuita o a muy bajo precio. De las prensas de la Comisión Editorial Popular, creada en 1936, salieron innumerables ejemplares, con el fin de poner el libro al alcance de los sectores obreros: *Método para aprender a leer y escribir*, la serie SEP de Libros de Lectura para Escuelas Primarias Urbanas Diurnas (seis volúmenes); para escuelas primarias nocturnas de trabajadores, con un tiraje de 1 750 000. La serie Simiente, para escuelas rurales, alcanzó la cifra de 3 420 000 ejemplares, y la serie SEP, en seis volúmenes, para escuelas primarias nocturnas para trabajadores logró un tiraje de 1 220 000 ejemplares.

Además del libro de texto, la labor editorial en general se convirtió en portavoz de la nueva ideología educativa. Muestra de ello fue la realización en julio de 1936, de la Feria del Libro Revolucionario, en la que diversas editoriales presentaron libros de autores socialistas. La SEP, por su parte, lanzó entonces su Biblioteca del Estudiante y la Biblioteca del Obrero y del Campesino.

El público infantil estuvo presente en los proyectos editoriales de *Palomilla*, popular revista dedicada a la población escolar. Entre los 790 000 ejemplares publicados se encontraban títulos variados, desde obras clásicas de literatura universal, como *Don Quijote de la Mancha*, hasta pequeños escritos con carácter científico.

Corresponde a esos años el esfuerzo por alfabetizar a los indígenas en su propio idioma y por elaborar cartillas y materiales de lectura en lenguas autóctonas, por ejemplo la náhuatl y la tarasca. Paralelamente a la decisión de crear instituciones académicas y culturales como el Instituto Politécnico Nacional, el Instituto Nacional de Antropología e Historia y el Instituto Nacional Indigenista, se apoyó la creación de universidades en diferentes estados y la fundación de la Universidad Obrera propuesta por Vicente Lombardo Toledano.

La Universidad Nacional Autónoma de México inicia un esfuerzo significativo en materia editorial con la fundación de la Imprenta Universitaria en 1934.

A este periodo corresponde también la creación del Fondo de Cultura Económica, empresa que recibiría el apoyo gubernamental para desarrollar una tarea editorial sustantiva. Asimismo, con la llegada del exilio español y con su significativa aportación intelectual surgió la Casa de España, que poco tiempo después se convirtió en El Colegio de México.

Para 1940, en pleno proceso de la segunda guerra mundial, los ideales de la unidad nacional, la democracia y la paz influyeron las actividades educativas y culturales. La primera labor de la SEP en el periodo de 1940 a 1946, fue el diseño de la Campaña Nacional contra el analfabetismo. Esta nueva campaña utilizó *La Cartilla*, que recuerda las cartillas que utilizaron desde el siglo XVI tanto misioneros como educadores.

Como material de apoyo a la lectura, siempre dentro del propósito alfabetizador destaca la creación de la Biblioteca Enciclopédica Popular, promovida por el entonces secretario, Jaime Torres Bidet. Esta publicación apareció durante un año y medio. La serie

estaba compuesta por cuadernos de unas cien páginas, que aparecían semanalmente en ediciones de 25 000 ejemplares. Una parte del tiraje se repartía gratuitamente entre los maestros, y el resto se vendía al público a precios reducidos. Títulos diversos como las obras de Cervantes, Quevedo, Esquilo y Plutarco, vieron la luz a la par de *Azúcar de caña*, *Vida campesina*, *El ferrocarril*, etcétera. Además, como parte de la campaña de alfabetización se publicaron Cuadernos de Cultura Popular, que incluían lecturas sencillas destinadas a la población recién alfabetizada.

La Dirección General de Alfabetización y Extensión Extraescolar publicó todo tipo de materiales para apoyar la campaña. En 1945 por ejemplo, se tiraron 5 000 ejemplares del folleto *Nuevo Camino* con los lineamientos generales de dicha campaña y 10 000 con la biografía de Benito Juárez. Ese mismo año se inició la publicación de la *Revista Rumbos* y del *Boletín de Alfabetización*, publicación mensual que informaba sobre los trabajos de la campaña. Se editaron también ocho números de una revista dirigida a los nuevos alfabetizados: *México Lee*.

El propósito alfabetizador hizo uso de otros medios audiovisuales. Para ello se fundaron radiodifusoras y una oficina cinematográfica. Así también se intensificó el esfuerzo por crear salas de lectura, en tanto vínculo entre la colectividad y el libro. Las había itinerantes y fijas, ambas ofrecían materiales de lectura, películas educativas y música para todas las edades.

Otro intento por fomentar el interés por la lectura, fue el establecimiento de clubes de lectura, en donde los alumnos guiados por maestros leían y comentaban sus lecturas. En algunas bibliotecas se instauró la "hora del cuento y cine educativo". Para 1956 había ya 356 centros de lectura. Así también se empezaron a apoyar las publicaciones en otros idiomas y especialmente un sólido programa alfabetizador bilingüe, que logró enseñar a más de un millón de indígenas monolingües. Para este efecto, en 1946 empezaron a editarse cartillas de alfabetización en maya, otomí, tarasco y náhuatl, y otros materiales en lenguas indígenas, como por ejemplo el *Cuento de animales* en zapoteco.

A esta época corresponde el esfuerzo por integrar una colección infantil con textos clásicos y de autores contemporáneos, ilustrados por artistas reconocidos de la época, que se llamó Biblioteca de Chapulín, y reunió más de una docena de títulos.

Hacia mediados del siglo México enfrentaba grandes tareas en materia educativa, no sólo por la creciente población en edad escolar, sino también por el elevado número de adultos analfabetas. La explosión demográfica se significaba como un reto para gobernantes y educadores. El país no se daba abasto para proporcionar los servicios educativos que requería la población. Sin duda los esfuerzos previos eran meritorios pero el analfabetismo todavía alcanzaba el 38% de la población mayor de seis años.

Fue entonces que se diseñó el Plan Básico Educativo de Once Años. Por primera vez se contemplaba una tarea a mediano plazo, con proyección de largo alcance. Parte de este propósito fue la integración de la Comisión Nacional del Libro de Texto Gratuito, que, congruente con el artículo 3o. constitucional, tendría que satisfacer una demanda esencial de textos básicos de primaria, para todo público, en los cuales se reflejaran los principios de educación libre y gratuita. Así toda la población escolar en un nivel primario recibió el

beneficio de la distribución masiva de libros, que como característica sustantiva pretendía una educación similar para todos los mexicanos cualesquiera fuesen sus niveles sociales. Entre los años de 1960 y 1964 llegaron a editarse 24 millones de libros de texto, que se distribuyeron en todas las escuelas del país, públicas y privadas, rurales y urbanas. Comenzaron a llegar así, por vez primera, libros a los hogares mexicanos, aun en los sitios más recónditos.

Sin embargo, hay que reconocer que la concentración de esfuerzos y la infraestructura limitada con que se contaba, hacía casi imposible impulsar otro tipo de ediciones, en un nivel oficial. Aún así, el Instituto Federal de Capacitación del Magisterio, logró integrar en ese periodo la Biblioteca Pedagógica de Perfeccionamiento Profesional, cuyo tema predominante fue la escuela rural. En esta colección aparecieron obras referentes a los problemas de la educación, a las civilizaciones prehispánicas, etcétera. Así también editó la serie Técnica y Ciencia, que comprendía en sus 41 títulos temas diversos, la mayoría sobre asuntos prácticos, aunque junto a ellos aparecen obras referidas al liberalismo mexicano, las artesanías prehispánicas, la energía atómica, etcétera.

Por su parte, el Instituto Nacional Indigenista continuó su tarea de impresión de cartillas de alfabetización bilingües, cuadernos de trabajo y libros de la serie: Hablemos en Español, correspondiente a las lenguas otomí, mixteca, maya y mexicana.

Por su parte la Subsecretaría de Asuntos Culturales continuó editando, aunque no en forma constante *El Libro y el Pueblo*, revista bibliográfica, cuyo lema era "Cultura para todos".

Los años subsecuentes mostraron un renovado empeño por abatir el índice de analfabetismo. La SEP editó más de un millón de ejemplares de las cartillas de alfabetización y más de tres millones de las nuevas cartillas Yo puedo hacerlo, para la alfabetización por radio y televisión. Así también proporcionó en forma gratuita a todos los maestros, los manuales: *Aprender haciendo*, uno para cada grado de educación primaria.

Entre 1964 y 1970 la Comisión Nacional del Libro de Texto Gratuito continuó sus labores y llegó a editar 43 000 000 de ejemplares. La novedad fue que se imprimieron libros de texto en el sistema Braille.

Simultáneamente se editaron dos grandes colecciones: Cuadernos de Cultura Popular y Pensamiento de América. Los primeros estaban destinados a maestros, estudiantes y alumnos recién alfabetizados, con el fin de divulgar aspectos diversos de la cultura. Los textos eran breves y sencillos, se vendían a precios económicos. Debido a la diversidad de temas de los 262 títulos publicados, los Cuadernos fueron divididos en varias series. Los tirajes iniciales fueron de 10 000 aunque más tarde se redujeron.

Entre las series de esta colección estaban La Honda del Espíritu, que fue la más numerosa y variada. Abarcó biografías, poesía, novela, filosofía, arte, música, etcétera. Por ejemplo: *Las doctrinas hindúes en Occidente*; *Juan Ruiz de Alarcón en el tiempo*; *Los mexicanos se pintan solos*, etcétera. Las biografías de personajes célebres de todos los tiempos, formaban la serie titulada El Hombre en la Historia; Lincoln, Garibaldi, Nezahualcóyotl, son algunas de las figuras reseñadas en esta serie que incluyen también a Leona Vicario, Emiliano Zapata y Manuel Tolsá.

A raíz de la conmemoración del centenario del triunfo de la República sobre la invasión francesa se creó otra serie bajo el rubro La Victoria de la República. Reunía semblanzas de destacados liberales como Juárez, Ocampo, Zaragoza, Ignacio Ramírez y otros.

Se editó también, como parte de Cuadernos de Cultura Popular, la serie Pensamiento de la Revolución y entre sus títulos figuraban *La inquietud liberal de Camilo Arriaga*; *Belisario Domínguez, un hombre en el Senado*, etcétera. La otra colección, Pensamiento de América, comprendía 19 antologías de destacados personajes del mundo americano, como Gabriela Mistral, Amado Nervo y José Carlos Mariátegui, entre otros. Cada una de las obras venía precedida de una introducción elaborada por especialistas. La colección tuvo un tiraje de 3 000 ejemplares por título.

En su ya larga trayectoria *El Libro y el Pueblo* continuó, aunque fue objeto de cambios en su orientación. En este periodo a través de entrevistas, reseñas, análisis sobre novelas, artículos y bibliografía, buscaba acercar el libro al pueblo, mediante un lenguaje sencillo y textos breves.

El Maestro, publicación iniciada en la época vasconcelista, y suspendida en varias ocasiones, se reanudó en 1967, para convertirse en un órgano de divulgación de aportes teóricos en el campo educativo.

Finalmente, en este periodo la Dirección General de Educación Indígena de la SEP trabajó en la elaboración de más de 10 000 cartillas en otomí, maya, mixteco, mexica e imprimió para el INI cartillas destinadas a las regiones tarahumara, mazateca, tarasca y tzeltal-tzotzil.

En los años subsecuentes, entre 1970 y 1976 se realizó un esfuerzo considerable por transformar metodologías y contenidos de la enseñanza. A este propósito corresponde el esfuerzo por modificar y actualizar el contenido de los libros de texto gratuito. Así se produjeron 54 títulos para los seis primeros años de escolaridad, de ellos, 30 estaban destinados a los alumnos y 24 eran auxiliares didácticos para los maestros. Llegaron a imprimirse cerca de setenta millones de libros.

Fue entonces que se creó el CEMPAE, institución que elaboró el primer texto de primaria para adultos. Luego, casi al terminar la década, se promulgó la Ley de Educación para Adultos, y, casi de inmediato, fue creado el Instituto Nacional de Educación para Adultos, que generó una nueva necesidad de materiales didácticos y de lectura. Entre ellos destacan los Libros de Estudio. Asimismo se estimuló la edición de textos para escuelas normales y para la licenciatura en educación preescolar y primaria. La mayor parte de estos libros eran antologías de autores contemporáneos, que tratan temas de psicología, filosofía de la educación, tecnología educativa y problemas sociales y económicos de México.

El combate contra el analfabetismo ha continuado de manera significativa. De acuerdo con la información estadística preliminar del censo de 1990, el país tiene aún 5.5 millones de analfabetas. El INEA, ofrece actualmente servicios en una perspectiva bilingüe a 26 etnias distintas, con materiales específicos, y en español en tres variantes: la rural, la urbana y la destinada a jóvenes entre los 10 y los 14 años, además de apoyarse en los medios masivos

de comunicación. Cerca de 300 mil voluntarios colaboran en esta tarea de significación nacional.

En 1976 la población de México ascendía a 60 millones. De acuerdo a un diagnóstico de la situación editorial del país, la SEP intentó diseñar un proyecto acorde con la realidad editorial nacional. Se reconocía que aún quedaban más de seis millones de analfabetos y que aproximadamente el 40% de los alfabetos leían poco y literatura de mala calidad. Quizá parte del problema residía en que los libros de calidad tenían tirajes cortos y, por ende, un precio elevado; mientras que las publicaciones semanales de fotonovelas o tiras cómicas seriadas, de mala calidad en contenido e impresión, eran muy baratas y se tiraban grandes cantidades. Estas últimas eran, sin embargo, muy populares ya que se podían coleccionar, intercambiar con otros lectores y tenían la característica de continuidad.

Gran parte de los esfuerzos se canalizaron nuevamente hacia la alfabetización. Se desarrolló un amplio programa de educación especial. Se pusieron en marcha sistemas de enseñanza abierta para niveles medios que también requirieron de un programa editorial específico. En el sexenio de 1970 a 1976 se llegaron a imprimir ochenta millones de libros de texto gratuito para enseñanza primaria.

Al mismo tiempo, se dio gran impulso a la educación bilingüe, con la publicación de textos en 22 lenguas que servían de herramienta esencial a los maestros indígenas. En la producción de los textos no sólo participaron estos maestros, sino que recibieron el apoyo de lingüistas con quienes elaboraron un alfabeto que intentaba ser común a las diferentes lenguas. Los contenidos, textos e imágenes de los libros se apegaban a las características regionales sin olvidar los lineamientos generales de la educación nacional.

Poco a poco, la labor editorial de la SEP se fue ampliando y diversificando con el fin de promover el hábito de la lectura y elevar el nivel cultural del país. Se pretendió abarcar a los diferentes sectores de la población, empezando por los analfabetos funcionales o no lectores, los niños y los jóvenes, para rematar con los lectores a quienes generalmente favorecía la industria editorial.

A finales de 1971 la SEP dio inicio a uno de los esfuerzos editoriales más significativos: la colección SepSetentas, libros de bolsillo, dirigidos a un público de nivel académico medio superior. Se publicaban semanalmente, tenían un costo muy reducido y llegaron a los 315 títulos; los temas eran variados, aunque predominaban aquéllos referentes a la historia de México. Otros estaban relacionados con literatura, antropología, educación, arte, filosofía, economía y política. Al analizar el éxito de la colección SepSetentas, se decidió continuar el esfuerzo, reimprimiendo algunos títulos en coedición con Editorial Diana, y agregando algunas obras nuevas.

En 1981, se iniciaron los SEP/80, que buscaban difundir la visión de autores nacionales y extranjeros sobre diversos temas mexicanos en los campos de la historia, la sociología, la pedagogía, la economía, etcétera. La colección se hizo en coedición con el Fondo de Cultura Económica (FCE). Simultáneamente se crearon otras series con el fin de satisfacer las necesidades culturales y el gusto de los diversos públicos. Por lo general fueron ediciones populares, que permitieron una amplia difusión de sus títulos, con precios accesibles.

Apareció, entre otras, la colección Biblioteca de Clásicos Mexicanos, en coedición con Promexa. Esta serie abarcó una veintena de títulos, con tirajes de 10 000 ejemplares, entre los que se encontraban *Tomóchic*, *Gil Gómez el Insurgente*, *Astucia*, *El Periquillo Sarniento*, etcétera. Cada libro estaba ilustrado con grabados de la época e incluía un apéndice histórico que permitía contextualizar política y socialmente a la obra.

La SEP editó también una nueva serie de Clásicos Americanos, con la colaboración de la UNAM. Se reunieron 39 títulos de textos literarios, sociológicos, históricos y políticos de la realidad continental. Entre ellos: *Facundo*, *Doña Bárbara*, *Ariel* y *La sombra del caudillo*.

El acervo artístico se registró en otra nueva colección titulada Historia del Arte Mexicano, realizada por un equipo de especialistas, a través de 120 fascículos coleccionables, agrupados en 12 volúmenes, coeditados con el Instituto Nacional de Bellas Artes y Salvat Editores. Su tiraje promedio fue de 50 000 ejemplares. Igualmente se editó la serie de Historia de México con el apoyo académico de investigadores nacionales, tanto del INAH como de la UNAM. La serie, en su primera edición, tenía 11 volúmenes. Poco tiempo después se hizo una nueva edición, en 16 volúmenes cuyo tiraje fue de 11000 ejemplares.

En un esfuerzo sin precedente, la SEP, en los años setenta, en coedición con Enciclopedia de México, editó su *Enciclopedia de México*, en doce volúmenes. Años después, corregida y aumentada, aparece la nueva edición con un tiraje de 25 000 ejemplares.

Por su parte, el arte popular encontró cabida en los libros que la SEP dedicó a la pintura en amates, juguetes mexicanos y la obra de los grandes muralistas.

Veinte títulos constituyeron otra nueva serie que se llamó De la Gran Literatura, destinada a divulgar autores europeos, principalmente del siglo pasado y del presente: Dostoievski, Tolstoi, Machado, Kipling, etcétera. Estos libros, en ediciones de bolsillo, con tirajes promedio de 5 000 ejemplares, se coeditaron con Siglo XXI.

La serie La Matraca, con su colección Del Folletín a los Cristeros, buscó representar la novelística mexicana de la centuria pasada y las primeras décadas del siglo XX, e incluyó textos importantes y poco conocidos. La mayor parte no había vuelto a publicarse desde su aparición primera en forma de folletín o libro. Autores apenas conocidos como Eduardo Urzaiz, alternaron con figuras como Manuel Payno y Mariano Azuela. Se llegaron a imprimir treinta títulos, con tirajes de 4 000 ejemplares, en coedición con Premiá Editores.

Piedra de Toque, fue editada por la SEP con el fin de difundir el trabajo de escritores incipientes, que habían publicado en revistas o en editoriales marginales. La colección llegó a diez títulos con un tiraje de 3 000 ejemplares.

La SEP puso especial cuidado en editar colecciones que sirviesen de auxiliares a los estudiantes de educación media. Así aparece Literatura Mexicana, serie de 12 fascículos acompañados de 12 antologías, en los que se da una visión de la literatura en México desde tiempos prehispánicos hasta nuestros días.

Con el fin de poner al alcance de niños y jóvenes los textos más significativos de las culturas antiguas, se inició, junto con Fernández Editores la colección de los Clásicos de la Literatura. Estaba la presencia de Israel, Egipto, India, China, Grecia, Roma y otras, que

aparecieron en diversas versiones, para los distintos niveles, desde los seis hasta los doce años: *El libro de Job*, *La Ilíada*, *Las mil y unas noches*, etcétera.

Sin lugar a dudas, al concluir la década de los setenta, México se había convertido en el principal editor de América Latina, con grandes tirajes, especial mente en publicaciones periódicas. El público mexicano se reveló como importante consumidor de revistas de historietas, muchas de las cuales reproducían patrones culturales del exterior.

Para contrarrestar esta influencia, la SEP se vio obligada a considerar variantes en su tradicional programa editorial. Era necesario llegar a un público lector amplio, con materiales que les resultasen atractivos; así se consideró la posibilidad de usar formatos como el de la historieta. El propósito era que los textos clásicos pudiesen estar al alcance de las mayorías y que coadyuvaran en atraer nuevos lectores a la literatura de calidad. Así surgió México, Historia de un Pueblo, primer experimento para volcar al lenguaje de la historieta, los principales acontecimientos de la historia nacional. Editada en colaboración con Nueva Imagen, con un tiraje de 100 000 ejemplares, con una aparición mensual, estuvo compuesta por 20 títulos. Junto a ella, aparece, en 1981, Episodios Mexicanos, dirigida básicamente a los sectores populares, tenía una periodicidad semanal y su tiraje promedio fue de 70 000 ejemplares por número.

Apareció también la colección de Novelas Mexicanas Ilustradas, que semanalmente difundían obras representativas de la literatura mexicana. Se integraron setenta títulos, en tirajes promedio de 30 000 ejemplares, con la colaboración de la empresa Sayrols.

Aventuras, fue otra colección de historietas de alto tiraje, 40 000 ejemplares, en colaboración con Novaro, en la que se difundían episodios históricos del pasado mexicano.

El proyecto de historietas culturales se complementó con la serie De Transportes a Caminos (en coedición con Somos), en la que se presentaba la historia de los caminos y transportes nacionales, subrayando su importancia cotidiana a lo largo de nuestra historia. La colección alcanzó los 19 fascículos en tirajes promedio de 40 000 ejemplares

Con carácter testimonial y gráfico, aparece la serie Memoria y Olvido, Imágenes de Archivo, en coedición con Martín Casillas. En tirajes promedio de 6 000 ejemplares llegó a contar con 14 títulos. Para su elaboración se utilizaron materiales gráficos del Archivo General de la Nación y así pudieron mostrar diversos aspectos de la vida política, social y cultural del México contemporáneo.

A finales de los ochenta, aparecieron los Cuadernos Mexicanos, que se constituyeron en una de las series más exitosas hasta entonces publicadas por la SEP. Era una colección de publicación semanal que llegaría a los 105 números. Reunió textos fundamentales sobre literatura, historia y sociología de autores tanto nacionales como extranjeros. Su propósito era difundir entre un público lector con preparación elemental y media básica, una parte importante del pasado nacional. La colección se proyectó como un género de transición entre los libros no ilustrados y las publicaciones tipo historieta. En colaboración con Conasupo, se llegó a tirar un promedio de 77 000 ejemplares.

Un esfuerzo particular se hizo en beneficio de la población infantil y juvenil, considerando el hecho de que casi la mitad de la población de México tenía menos de 15 años de edad promedio. Surge entonces la Enciclopedia Infantil Colibrí, con fascículos sema-

nales, que contribuyó grandemente a estimular el hábito de la lectura en edad escolar. En coedición con Salvat, se desarrollaron temas de ciencias naturales y sociales, literatura, tecnología, etcétera. Los fascículos también contenían páginas desprendibles con juegos y actividades creativas; la contraportada era una fotografía coleccionable y cada fascículo incluía además un texto sobre flora o fauna mexicanas, o bien sobre historia o experiencias singulares de México. El tiraje fluctuó entre los 30 000 y los 50 000 ejemplares. En ediciones especiales, se hizo llegar a las comunidades indígenas temas similares. Así aparece Colibrí en lenguas indígenas, escritos en maya, náhuatl, otomí y purépecha.

Entre 1976 y 1982, la SEP apoyada por Promexa editó la *Enciclopedia Científica Proteo*, que presenta el mundo del conocimiento a partir de aventuras ilustradas. Preparada por un grupo de científicos, guionistas e ilustradores franceses, la versión mexicana tuvo un tiraje de 30 000 ejemplares y constó de 18 volúmenes.

Fue entonces que se iniciaron los significativos esfuerzos editoriales para difundir conocimientos prácticos, tal fue el caso de *Cómo hacer mejor*, compuesta de 137 fascículos semanales con tirajes promedio de 80 000 ejemplares. El lema fue "Aprenda, diviértase y ahorre". Se ocupaban del control de plagas, el huerto familiar, las reparaciones caseras, los accidentes en el hogar, el cuidado de los niños, etcétera.

Otra serie que intentó poner de manifiesto los beneficios que reporta la lectura fue *SEPA*, revista informativa sobre temas de ciencias y tecnología, basada en investigaciones realizadas por especialistas en la materia cuyo objetivo era un mejor conocimiento del mundo que nos rodea.

Innovación editorial lo fue *Tiempo de México*, periódico retrospectivo, mediante el cual la SEP intentó recuperar la memoria histórica. Se encartaba cada lunes en los diarios *Excelsior* y *El Nacional* y su tiro alcanzó los 400 000 ejemplares.

Al tiempo que se desarrollaban los programas editoriales, el sector educativo oficial comprendió la importancia de coadyuvar a una mejor distribución y comercialización de los libros. Así se estableció *El Correo del Libro*, que a manera de boletín mensual imprimía un listado de novedades bibliográficas y daba cuenta en listas de los precios de los diferentes títulos existentes. Distribuido mayoritariamente entre los maestros, pronto se convirtió en un hábito la adquisición por catálogo y correo de libros editados por la SEP. Luego, el proyecto se materializó en forma de pequeños módulos a la manera de quioscos, diseminados por toda la república, que vendían directamente las publicaciones de la SEP.

Al iniciarse la década de los ochenta, las circunstancias económicas afectaron de manera directa, tanto la producción editorial como los esfuerzos por difundir y comercializar los libros. Se temió sin duda por el futuro de los libros. Para 1982, año complejo en un nivel nacional, la crisis económica, la devaluación monetaria y la restricción de divisas, se reflejaron de manera considerable en la labor editorial.

Se redujo la producción editorial gubernamental, como parte del programa de austeridad inaugurado por la nueva administración. La mayoría de las colecciones editadas entre 1976 y 1982 dejaron de circular. Al inicio del sexenio, la SEP reinició su labor editorial. Surgieron entonces series como *Cien de México* y *Cien del Mundo*. En forma gradual se impulsó a los jóvenes creadores con *Letras Nuevas*.

Se pusieron en marcha nuevos programas editoriales para niños, con amplios tirajes, como fueron las series de Letra y Color, en coedición con El Ermitaño; cuadernos para ilustrar con obras de pintores como Diego Rivera y José Luis Cuevas; De la Caricatura al Cuento, en la que participaron distinguidos caricaturistas. Reloj de Cuentos, con trabajos de escritores mexicanos que habían incursionado en la literatura infantil y Nuestra Fauna. Se empezó la edición de un suplemento cultural semanal, *Tiempo de Niños*, que se encartaba en periódicos del país.

Junto con el FCE, se inició la serie de Lecturas Mexicanas, llegaron a publicarse cien títulos, uno semanal. Entre sus temas se encontraban obras literarias y de historia, de autores destacados del presente siglo. Su tiraje varió entre los 50 000 y los 90 000 ejemplares. El éxito alcanzado llevó a proyectar una segunda serie, que rebasó los 100 títulos, cuyos tirajes fueron variando entre los 30 000 y 100 000.

En la selección de esta nueva serie se usaron criterios diversos. Así, compartían el catálogo algunos clásicos con otros más populares o recientes, recibiendo el apoyo de una infinidad de empresas editoriales.

La SEP puso especial interés en la reedición, en diez volúmenes, de la Historia general de la Revolución mexicana de José Valadés y en ediciones especiales de las obras de los muralistas mexicanos: José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros.

Por vez primera se planeó una colección específica para el magisterio en tirajes monumentales hasta de 100 000 ejemplares. Se inició en 1986 la Biblioteca Pedagógica compuesta por 50 títulos que reunió antologías de importantes filósofos y pedagogos de diversas corrientes del pensamiento universal y nacional.

Para finales de 1988 la Dirección General de Publicaciones (DGP) de la Secretaría de Educación Pública había editado, en el sexenio que concluía, más de 1000 títulos en tirajes promedio de 30 000 ejemplares.

Tarea significativa ha sido la construcción de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, como esfuerzo sustantivo del gobierno mexicano. Para 1983 de hecho, México carecía de una infraestructura en servicios bibliotecarios. Las bibliotecas existentes, producto de proyectos previos, llegaban apenas a las 350, distribuidas inequitativamente en el país, adolecían de fondos escasos y mal organizados. Fue entonces que se creó la Red, con el propósito de integrar los recursos de todas las bibliotecas públicas; coordinar sus funciones a fin de fortalecer y optimizar su operación, así como ampliar y diversificar sus acervos y orientar sus servicios. Se aprovecharon las bibliotecas existentes, a las que de manera acelerada se fueron integrando las de reciente creación. El sistema incluye las bibliotecas centrales tanto en las capitales de los 31 estados, como de las delegaciones en el Distrito Federal, hasta las más pequeñas en los municipios.

Al inicio del proyecto sólo 243 municipios, de un total de 2 378, que en su división política comprende la República mexicana, tenían bibliotecas públicas. Hacia finales de 1988 la casi totalidad de dichos municipios contaba ya con su biblioteca, que albergaba colecciones significativas, tanto para lectores infantiles, como juveniles o de formación superior. El sistema ha permitido crear una sólida infraestructura que homogeniza la información, la clasificación y los fondos bibliográficos existentes. El crecimiento del sistema ha

continuado y a la fecha existen ya más de 3 300 bibliotecas distribuidas en todo tipo de poblaciones. Hacia el fin del año de 1991 el total de libros existentes en la Red era superior a once millones de ejemplares. El programa ha continuado y se considera que, para finales de 1994 el país habrá alcanzado las 5 000 bibliotecas públicas. Independientemente hay que considerar las bibliotecas escolares, el programa de "Rincones de los libros", establecidas en el sistema de escuelas públicas, así como las redes de bibliotecas en las universidades y centros de investigación superior.

En diciembre de 1989, al iniciarse la nueva administración se creó el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, como órgano desconcentrado de la SEP, cuyas funciones se centrarían en conservar, promover y difundir el patrimonio y la cultura nacionales. Tanto la Dirección General de Publicaciones como la de Bibliotecas sumando esfuerzos se abocaron a la tarea de realizar un programa integral de fomento del libro y la lectura. Se asume que el libro es instrumento privilegiado para la difusión de la cultura y que la creciente influencia y el enorme potencial de los medios electrónicos para la creación y divulgación de la cultura no disminuye la importancia de la expresión escrita. Por ello el libro sigue ocupando un papel insustituible en la política cultural, por la relación profunda que permite entre el lector y el autor, la posibilidad que abre para la reflexión individual y su permanencia como registro y memoria cultural de un pueblo.

Tres aspectos se consideraron en el programa, a saber: estimular el gusto por la lectura, promover la creación literaria en sus múltiples expresiones y fomentar la industria editorial en sus aspectos de producción, distribución y comercialización.

Desde el punto de vista editorial se diseñó un esquema que considera un esfuerzo equitativo entre libros infantiles y juveniles y aquellos dirigidos a los lectores adultos. Así, se han logrado consolidar colecciones para unos y para los otros. En 1991 la Dirección General de Publicaciones editó 239 títulos en un tiraje global de dos millones de ejemplares.

Tomando en cuenta lo realizado con anterioridad se definieron grandes áreas temáticas: literatura y arte, ciencias sociales y libros infantiles y juveniles, reunidos en diferentes colecciones. Se continúan: Cien de México, Cien del Mundo, Lecturas Mexicanas (tercera serie) y se iniciaron Letras de la República, Regiones, Presencias, Teatro Mexicano, Luz Azul, Pensar la Cultura, Claves de América Latina, Caudal de Arte, Galería, Fin de Siglo. Se han continuado proyectos de recuperación de obras completas de autores e intelectuales mexicanos, como son las de Ignacio Manuel Altamirano y Guillermo Prieto.

Caso particular es el de Los Noventa, una colección que bajo el lema de: "Cultura crítica de nuestro tiempo", en colaboración con las empresas editoriales Alianza y Grijalbo, inauguró un esfuerzo sin precedente, al publicar semanalmente un título con tirajes que se iniciaron en los 44 000 ejemplares, que se ofrecían al público en quioscos de periódicos, en centros comerciales, cafeterías, etcétera.

Énfasis especial han recibido las colecciones para nuevos y jóvenes lectores. Así se cuenta ya con colecciones que van desde: La Tortuga Veloz, Reloj de Versos, Botella al Mar, Barril sin Fondo, Los Señores..., Viajeros del Conocimiento, Cómo Acercarse a, Frutos Prodigiosos, etcétera.

Es significativo el esfuerzo realizado en el programa de fomento a la lectura, que a partir del lema direccional de "Los libros tienen la palabra", promueve a nivel nacional toda suerte de actividades encaminadas a recuperar y ganar nuevos lectores. Bajo la campaña anual de Las Cuatro Estaciones del Libro, se ha insistido en que "Recibamos la primavera con un libro", "Vacacionemos con ellos en el verano"; que "Los libros no se deshojan en otoño" y que "Nos den abrigo en el invierno". Se hacen presentaciones editoriales, mesas redondas, conferencias, talleres infantiles, lecturas, caravanas de libros, representaciones teatrales, etcétera. Así también una intensa actividad periodística y de difusión, a través de una gaceta mensual, que ya alcanza los 320 000 ejemplares de distribución gratuita. Se edita un periódico mural: *El Letra Grande*, que a manera de cartel permite, a vuelo de pájaro, en una rápida lectura enterarse de las novedades editoriales del mes, con información miscelánea sobre autores y libros.

Una tradición bien arraigada en el país desde la mitad del siglo, son las ferias de libros, empezando con la que se ponía desde El Caballito, en la avenida Juárez, hasta el Monumento a la Revolución. Luego, la Feria Metropolitana, en el pasaje del Metro en las estaciones, Zócalo y Pino Suárez. Para la década de los ochenta, surge la Feria Internacional de Minería, organizada por la UNAM y la Internacional de Guadalajara, sin olvidar las regionales, locales y especializadas: de libros de antropología, de historia, de arquitectura, etcétera.

Atención especial en el sector público, ha sido el propósito de descentralizar las actividades culturales y en ese marco se inscriben las más de dos docenas de ferias de libros regionales, e incluso internacionales que organiza la DGP. Mención particular merece la Feria Internacional de Libro Infantil y Juvenil que ha logrado ya once ediciones y que se distingue por ser la única feria de libros para niños y jóvenes, con salones para profesionales y al mismo tiempo de venta directa, que, como característica particular cuenta con una serie considerable de talleres para fomentar el hábito de la lectura en la población juvenil. Para tal propósito se han creado programas como el de: Leer es Crecer, que en ocho libros, tanto para el conductor del taller, como para los participantes, apoyados por una guía general y un fichero con 329 actividades, permite elaborar una mini enciclopedia, hacer investigaciones, definir lo que son las casas de los libros, reafirmar valores nacionales a través del conocimiento de fiestas y costumbres propias, etcétera.

El gobierno federal promueve la distribución y comercialización del libro, por medio de su empresa Educual, S.A. de C.V., entidad coordinada por la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Esta empresa tiene en diferentes partes del país centros de distribución y venta de libros. Así también una serie de librerías, e inició la promoción de una Red Nacional de Librerías, con la información y experiencia que proporcionó la Red Nacional de Bibliotecas por cuanto a número de lectores, niveles escolares, asiduidad a las bibliotecas, etcétera. Con ello se pudo desarrollar un programa que, a partir de la iniciativa privada e individual se establezcan nuevas librerías en el país. Éstas, manejadas directamente por los propietarios, reciben asesoría técnica y apoyo como parte de un sistema de concesión o franquicia. Se pretende que el país logre aumentar

de manera considerable el número de librerías y consecuentemente facilitar así la venta de libros.

Para que la Red Nacional de Librerías tenga una información pertinente y oportuna sobre la realidad y existencia editorial, se ha creado el Centro de Información Bibliográfica Mexicana (CIBIMEX), a través del cual se puede solicitar, sea a través de discos compactos o de microfichas, datos sobre materiales publicados en México, tanto en el sector público como en el privado, desde 1979. A la fecha se tienen capturadas y clasificadas más de 70 000 fichas bibliográficas.

Íntimamente relacionado con el esfuerzo editorial del Estado mexicano, debe hacerse referencia a la atención y manejo del asunto del respaldo, respeto y defensa de los derechos de autor. En la actual Constitución de los Estados Unidos Mexicanos, en su artículo 28, se renuevan las garantías de esos derechos. Por tradición, nuestro país ha participado en infinidad de reuniones internacionales para legislar, normalizar y regular aspectos varios relacionados con la industria del libro y la defensa de los derechos intelectuales de los autores.

Con motivo de la Conferencia Interamericana para la Protección de los Derechos de Autor, reunida en Washington en 1946, nuestro país suscribió la convención con el fin de dar una mejor protección a los autores mexicanos. Consecuente con ese propósito internacional, México expidió en 1947 una Ley Federal sobre Derechos de Autor que ha ido modificándose a lo largo de los años, acorde con las nuevas necesidades surgidas en la práctica. Así, en 1956 se estableció la Dirección General de Derechos de Autor, como órgano dependiente de la Secretaría de Educación Pública.

Años después, en 1977, en un esfuerzo continuado por incorporar normas internacionales a la legislación mexicana, se introdujo el ISBN, cuya agencia nacional está, como centro nacional de información, en la Dirección General de Derechos de Autor de la SEP.

Esfuerzo representativo ha sido el de las instituciones públicas, tanto de enseñanza como de investigación, que han logrado aportaciones numerosas en materia de publicaciones. Las universidades, cuyo ejemplo más representativo es la UNAM, han desarrollado una tarea fundamental en sus propias imprentas. Asimismo cabe hacer mención del trabajo regional desarrollado por universidades como, por ejemplo, la Veracruzana, la de Guadalajara, la de Puebla, etcétera, que a la fecha tienen ya un historial significativo en la materia.

Como corresponde a toda institución de enseñanza superior, la UNAM, cumple en forma prioritaria con los proyectos editoriales derivados de las necesidades académico-docentes. Ello, sin embargo, no impide una atención especial a las varias manifestaciones creativas como son la literatura y el arte.

Una rápida lectura al catálogo editorial de la UNAM permite observar la diversidad temática de sus publicaciones que recoge temas inherentes a las ciencias exactas y naturales, así como de aquellos correspondientes a las ciencias sociales.

Destacan, entre muchos otros los esfuerzos renovados en colecciones desde la Biblioteca del Estudiante Universitario, fundada en 1938 y la Biblioteca Scriptorum

Graecorum et Romanorum Mexicana surgida en los años cuarenta, con el objeto de publicar a los clásicos grecolatinos en ediciones que contienen traducciones científicas, modernas y exactas, así como prólogos y notas originales; es sin duda, la serie más importante, que sobre esta materia existe en lengua española.

En 1957 surge la serie Nuestros Clásicos, con el propósito de ofrecer a un público general, el repertorio de las obras consagradas de la literatura universal. Ese mismo año se inicia la Biblioteca de Arte. Dos años después aparece la Nueva Biblioteca Mexicana.

En años recientes la UNAM ha encauzado la edición de Textos Universitarios, la Biblioteca de Letras y las Ediciones del Seminario de Estudios Prehispánicos para la Descolonización de México. En la actualidad habría que destacar la colección El Ala del Tigre y Escritores Políticos Mexicanos.

Tarea significativa es la emprendida por la Dirección de Difusión Cultural con sus colecciones: Textos y De Cuerpo Entero, entre otras.

El Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), han ido desarrollado su propia y característica actividad editorial. El primero se inició con las guías oficiales para luego publicar trabajos de investigación en sus diferentes especialidades, cuyo catálogo recoge ya más de 2 000 títulos.

El INBA, en la década de los sesenta, se significó por sus publicaciones periódicas con artículos de crítica, ensayos, poesía, cuentos, notas de acontecimientos artísticos y reproducciones de obras de arte, sin dejar de mencionar los centenares de catálogos de las exposiciones que ahí han tenido lugar.

Mención especial merece el Fondo Editorial de la Plástica Mexicana, fundado en 1961, a partir de un fideicomiso, para la impresión con alta calidad de libros de arte. A este empeño se unirían pronto otros propósitos similares, desarrollados por algunos organismos del Estado e instituciones bancarias. Pp. 69-89.